

Bibliografía

PHILIP E. L. SMITH: *Le Solutréen en France*, Presentación de F. BORDES y prefacio de H. L. MOVIUS. Institut de Préhistoire de l'Université de Bordeaux. Mém. n.º 5, Bordeaux 1966. 452 págs., 81 figs., VI sinopsis, IV mapas, III láms. 21 gráficos.

Este libro, tesis doctoral del A., es sin duda alguna una de las mayores aportaciones de estos últimos tiempos al estudio de una de las etapas más interesantes del Paleolítico superior de la Europa Occidental. Obra y autor son presentados por Bordes y Movius dos grandes prehistoriadores, por lo que sobraría nuestro comentario al venir avalado el libro por tales autoridades. No obstante, escribo estas líneas para rendir tributo de admiración al A. por la enorme labor realizada que ha dado como resultado una obra que no dudo que se hará clásica en nuestros estudios.

En la introducción el A. nos advierte que su investigación ha quedado limitada metodológicamente a la tipología. Una interpretación del pasado del hombre solutrense basada en el estudio del medio ambiente en que vivió y en sus actividades económicas y sociológicas, tal y como el A. hubiera deseado, no ha sido posible, ya que su trabajo se ha basado, casi exclusivamente, en datos procedentes de antiguas excavaciones, cuyo valor, en algunos casos, es más que dudoso en lo que respecta a condiciones de hallazgo y a seguridad estratigráfica. No obstante esta limitación, el A. teniendo en cuenta que "les buts ultimes de l'étude des industries préhistoriques sont historiques et dynamiques" ha logrado realizar una amplia investigación en la que se pregunta acerca de la esencia del Solutrense, su origen, posición cronológica, áreas de repartición, ecología, etc. Todo ello ha sido expuesto con un gran sentido crítico y apoyado en una muy completa bibliografía.

En un nuevo capítulo se hace historia de la cuestión solutrense y el A. llega a la conclusión de que ni existe, ni ha existido un general consenso "sur ce qu'est vraiment le Solutréen" lo cual es culpa, en parte, de los viejos investigadores que se preocuparon más de las bellas hojas bifaciales que del resto del conjunto lítico, y en parte, de los viejos aficionados atraídos tan sólo por el reclamo de la "belle pièce".

En el capítulo sobre metodología se señalan acertadas distinciones entre "períodos" y "culturas" y es interesante destacar su definición de cultura arqueológica en el sentido de que "est caractérisée par des assemblages montrant un ensemble d'éléments organisés d'une manière cohérente et distinctive", lo cual permite estructurar las industrias líticas dentro de ciertas líneas generales o premisas básicas. Pero toda estructura o estilo de cultura necesita ser puesta en evidencia por la intuición, aunque además se necesita un análisis racional, abstracto y cuantitativo, que aparentemente debe de ser la prueba científica final. Con ello plantea un interesante problema, la necesidad de los dos tipos de análisis, el cualitativo y el cuantitativo, el primero, que ha sido seguido tradicionalmente y ha servido para diferenciar-nos una cultura de otra; el segundo, basado en la estadística es de aplicación más moderna y mediante el mismo es posible conseguir el "perfil personal" de una industria, perfil personal que permitirá establecer una serie de comparaciones dentro de los distintos yacimientos pertenecientes a una misma cultura. Sin embargo, la validez de los métodos estadísticos es muy grande para el estudio de áreas restringidas, locales o regionales, pero no resulta demasiado eficaz para la investigación de áreas excesivamente separadas unas de otras. Es de esperar que el perfeccionamiento de estos métodos estadísticos, que han sido cuidadosamente elaborados por los Bordes, nos permitirá la obtención de datos objetivos y en consecuencia un mejor conocimiento de la estructura formal de las distintas industrias.

La periodización del Solutrense ha sido establecida del siguiente modo: *a)* Protosolutrense, *b)* Solutrense inferior, *c)* Solutrense medio, *d)* Solutrense superior y *e)* Solutrense final. El A. pone relieve el confucionismo creado por el término Protosolutrense. En realidad, si la continuidad industrial del Solutrense ha quedado perfectamente establecida dentro de los tres tipos, puntas de cara plana, hojas de laurel y puntas de muesca, y si en el Protosolutrense existen puntas de cara plana, creo que sería mejor incluir esta etapa dentro del Solutrense inferior, señalando su posición estratigráfica y temporal dentro de éste mediante una sigla (Sol. inferior *a*, Sol. inferior *b*). Es posible que el problema no se resuelva con esto, pero por descontado se evitaría el confucionismo que supone utilizar el mismo término para industrias de lugares tan distintos y separados, como Badegoule, Tribolite, Oulen-Chabot.

En otro apartado el A. insiste en la necesidad de plantear las distintas áreas culturales y la aun mayor de realizar estudios regionales de tendencias "socio-arqueológicas" basados en la ecología de los yacimientos.

Respecto a la posición cronológica del Solutrense el A. de acuerdo con Bordes sitúa al "Proto-Solutrense" al final del Loess Reciente III b, en una fase seca y fría, que pudiera llamarse III c, y siguiendo a H. Laville, según los resultados de Laugerie Haute, señala que el episodio frío durante el cual se produce el Perigordense IV se prolonga hasta bien avanzado el Proto-Solutrense, siendo su duración, posiblemente, de unos 2.000 años. Para el Solutrense inferior, menos termo-clástico, el clima debió de ser más moderado y más húmedo. Esta tendencia se acentúa durante el Solutrense superior, mientras que en el Solutrense final se produce una oscilación más seca y más fría que perdura hasta el Magdale-nense O. Esta correlación climática parece confirmada fuera del Périgord en la Charente (Roc de Sers) y en la Corrèze (Pré-Aubert), así como en el Gard (La Salpêtrière) y en los Bajos Pirineos (Isturitz).

Respecto a cronología absoluta, el C-14 ha dado una fecha, única por el momento, para Laugerie Haute Est, 18.700 ± 300 a. C. para el nivel Solutrense inferior. Sin embargo, el A. se inclina, de acuerdo con los resultados obtenidos por Movius en el Abri Pataud, a suponer que el Solutrense inferior comenzó en números redondos hacia el 17.000 a. C. Ello implica una diferencia de más de 1.500 años respecto de la fecha del C-14, lo cual implica una cierta desconfianza acerca de los resultados ofrecidos por este método, por lo que

tendremos que esperar a que nuevas dataciones C-14 nos permitan obtener un mejor baremo cronológico. Por su parte, el A. piensa que el Solutrense fue una cultura de corta duración en Francia, de unos 2.000 a 3.000 años.

Acerca del bello retoque solutrense (en "peladura", plano, o en bandas paralelas) no hay más remedio que inclinarse ante las experiencias de Bordes, el cual dice que no existe ninguna punta-hoja de laurel tallada a presión y si este retoque ha existido, sólo se ha aplicado a determinadas piezas (hojas de sauce), que no llegan a un diez por ciento del total de piezas retocadas.

En cuanto a la belleza en sí de las piezas solutrenses el A. piensa que "il est difficile de voir un motif utilitaire dans la retouche délicate et plane" por lo que no tiene "nul doute que les exemples les plus frappants aient été fabriqués pour autre chose que des fonctions pratiques" y en consecuencia, los bellos instrumentos solutrense "jamás han podido ser utilizados seriamente como armas o instrumentos". Creo que no es posible seguir al A. en esta dirección, que viene a plantearnos de nuevo la tesis del "arte por el arte", referida en este caso a un instrumental utilitario. Es posible que el A. se encuentre influido por la ampliación del campo del arte solutrense, operada en estos últimos años, y piense en una repercusión sobre el instrumental. Pero por muy artistas que se nos muestren los solutrenses y por muy perfeccionadas que sean las piezas líticas que fabricaron, no hemos de perder de vista la diferencia existente entre obra de arte y obra artesana y la talla de la piedra es pura artesanía, artesanía que en el caso del Solutrense ha conseguido proporcionar una sensación de "belleza" mediante la regularidad del retoque, la perfección del mismo, la forma foliácea de las piezas, tan agradable porque parece reproducir hojas de árboles, mas todo ello obtenido por medios puramente mecánicos, en los que la habilidad manual es lo esencial, precisamente esa habilidad manual es lo que la aparta de toda técnica artística. Por mi parte pienso que todas estas bellas piezas (especialmente las numerosas hojas de laurel y puntas de muesca) no tuvieron ninguna finalidad "ritual o ceremonial". Simplemente se destinaron a la caza que, con la dulcificación de las condiciones climáticas, debió de aumentar extraordinariamente, lo cual permitiría a los solutrenses un mayor rendimiento a sus actividades cinegéticas. Por el momento, no creo en la posibilidad de la existencia de "sentimientos puramente estéticos". Nunca en la historia humana ha existido un arte disociado de las circunstancias vitales que rodean al artista creador, ya que todo arte es la expresión de sentimientos ligados estrechamente a motivaciones, sociales, económicas, políticas y religiosas.

Con una aceptable ordenación de los subtipos de los principales instrumentos solutrenses, que se encuadran dentro de la lista tipológica elaborada por de Sonneville-Bordes y Perrot, cierra el A. la primera parte de su libro.

La segunda parte está dedicada a estudiar los resultados de las últimas excavaciones llevadas a cabo por F. Bordes y el A. en el importante yacimiento de Laugerie Haute, en sus dos sectores Este y Oeste, las cuales se han realizado con la técnica más rigurosa, de ahí el interés de su estudio, aumentado con una estratigrafía que presenta todas las fases conocidas del Solutrense francés. A las gentes del Protomagdalenense y del Auriñacense V, suceden los Proto-Solutrenses (identificados sólo en las antiguas excavaciones de Peyrony, pero no en las actuales), que parece removieron los restos del Auriñacense V. Poco después, durante un momento climático moderado y húmedo, se establecen las primeras gentes del Solutrense inferior. Viene luego un nivel de transición del Sol. inferior al medio, seguido por la neta aparición de este último con sus grandes hojas de laurel y una cierta tendencia a fabricar los primeros tipos pedunculados, la brusca proliferación de los microrraspadores "grimaldenses" y algunos otros elementos, como hojitas de borde rebajado y quizás microburieles, lo que hace sospechar al A. la llegada de nuevas ideas y elementos que transformarían al Solutrense medio en S. superior. Tras unos niveles finales del S. medio, adviene el

Solutrense superior en una fase avanzada, con pocas puntas de muesca y hojas de laurel pequeñas y delicadas, aumento de la industria de hueso y alguna representación artística. A esta etapa sigue un Solutrense final, que no hay que confundir con el "Solutrense VI" de Badegoule, de composición distinta, que se caracteriza, negativamente, por la ausencia de puntas de cara plana y de hojitas de borde rebajado.

Esta secuencia, resultado de una minuciosa y sistemática excavación, hace de Laugerie Haute el yacimiento "princeps" del Solutrense. Partiendo de su estudio, el A. dedica la tercera parte al análisis sistemático de los distintos yacimientos franceses, belgas e ingleses, cuyo simple comentario necesitaría un espacio del que no disponemos.

En la cuarta parte se discuten las varias hipótesis sostenidas acerca del origen del Solutrense. El A. rechaza el posible origen africano y español del Solutrense. Aparte de opiniones ya sostenidas respecto de que Solutrense y Aterriense son radicalmente distintos tecnológicamente, el A. añade su punto de vista de que en España no existió Proto-Solutrense, ni Solutrense inferior y que la fase más antigua corresponde al S. medio, que cronológicamente cree que es más bien tardío respecto al francés. Planteado así el problema, ni que decir tiene que la hipótesis de un origen africano y español queda desplazada. Pero, aunque pienso como el A., que Africa no ha tenido nada que ver en el origen del Solutrense y que en la región cantábrica da comienzos éste con un Solutrense medio tardío, las cosas no han sucedido del mismo modo en la región valenciana. Como Smith reconoce existen en el Parpalló puntas de cara plana, asociadas a claros elementos gravetenses (perigordienses) y no, como el A. dice "associées à des pointes à cran du "Gravettien, c'est-à-dire, Méditerranéen de type Salpêtrien". No, en el nivel denominado por Pericot "Protosolutrense o Solutrense inferior" no existen puntas de muesca de tipo salpetrense, eso ocurrirá unos estratos más arriba. Además, entre el nivel Gravetense (Perigordense IV) y el nivel Solutrense medio existió una separación de un metro (entre 7,25 m. y 6,25 m.). Dos de las tres puntas de cara plana aceptadas por Smith aparecieron entre los 7,25 m. y los 7 m., es decir, que hasta que hacen su aparición los elementos considerados por Pericot como Solutrense medio quedan unos 0,75 m., de estrato que prácticamente hemos de considerar estéril. Creo que esta separación entre el llamado Solutrense inferior y el Solutrense medio es excesiva para pensar, como quiere Smith, en la posibilidad de una intrusión a partir del Solutrense medio francés en tierras valencianas. Si aceptamos ese supuesto, tendríamos para el Solutrense medio de Parpalló un estrato de un espesor de dos metros (de 7,25 m. a 5'25 m.), lo cual me parece excesivo para un Solutrense medio tardío. Por otra parte, hemos visto que Smith señala que en Laugerie Haute durante el Solutrense medio aparece una cierta tendencia a fabricar los primeros tipos pedunculados. Ese mismo hecho señalé yo hace años (*El Solutrense en España y sus problemas*, pág. 139 y pág. 143) para el Solutrense medio de Parpalló y Mallaetes, es decir, para la fase I de mi "Solutrense ibérico". Esta coincidencia entre yacimientos tan alejados no es una simple convergencia cultural, sino más bien una interdependencia cultural, que hace que pensemos que entre el Solutrense ibérico, de la región valenciana, y el Solutrense de Laugerie Haute existe menos separación temporal que la que supone Smith. El hecho de que las piezas pedunculadas sean relativamente frecuentes en el Solutrense francés habla también en favor de esa interdependencia que hemos señalado y que nos hace pensar que el desarrollo del Solutrense ibérico no es tan tardío como Smith supone. De todos modos es problema que tendremos que investigar y revisar a la luz de trabajos nuevos revestidos de mayores garantías metodológicas. Sólo así podremos llegar a conocer el grado de esa interdependencia cultural, ya que no es posible aceptar para una determinada región los criterios crono-tipológicos observados en otra región muy distinta y muy distante.

Acerca de la hipótesis, sostenida por Breuil y otros, de un origen oriental del Solutrense,

el A. hace un resumen acertado del estado de la cuestión, centrandolo en él los estudios de Vertes y Valoch. Aunque Solutrense y Sceletense ofrecen estadísticamente un cierto paralelismo, no parece posible intentar un enlace, según Valoch, entre el Sceletense final y los comienzos del Solutrense, pues que es difícil pensar que una cultura en vías de desaparición, como el Sceletense, pueda haber dado origen al Solutrense occidental, cuyos comienzos se caracterizan por la punta de cara plana, mientras que aquél se termina por las puntas bifaciales.

En cuanto a los elementos "solutrense de Rusia (Telman y Kostienki I) y de Polonia (Jermanowice) no pueden tomarse en consideración, primero por su mayor antigüedad, y segundo porque en Jermanowice se sigue un proceso inverso al Solutrense (primero, puntas bifaciales, después, puntas de cara plana) y tercero, porque aparte de ciertos tipos de puntas como elementos análogos, difieren ambas industrias en el resto del instrumental.

Pasa el A. a discutir la hipótesis del origen solutrense en el Perigordense superior, sostenida por Combier, que encontró en Oulen y Chabot puntas Font Robert, algunas "Gravette" y hojitas de borde rebajado asociadas al "Proto-Solutrense", lo que le hizo suponer el origen del Solutrense dentro del Perigordense superior. Smith cree que nos encontramos ante "una coexistencia de diversos grupos en la misma región" Smith hace hincapié en que las estructuras estadísticas del Perigordense y del Solutrense difieren notablemente, pues mientras el primero se compone esencialmente de buriles, hojas y de dorsos rebajados, el segundo apenas tiene buriles, mientras que abundan los raspadores y se desarrollan extraordinariamente tipos especializados, como puntas de cara plana, hojas de laurel, puntas de muesca, esto unido a que en Laugerie Haute entre el Perigordense y el Proto-Solutrense se encuentran dos etapas, el Protomagdalenense y el Auriñacense V, lo cual dificulta la tesis de Combier, según Smith, aunque por mi parte creo que durante el desarrollo de esas dos etapas de Laugerie Haute se pudo producir en Oulen y Chabot el nivel "Proto-solutrense" descrito por Combier, cosa que si bien es posible, es difícil de probar.

El posible origen del Solutrense en el Auriñacense y Musteriense final retardado, hipótesis de trabajo que planteo hace algunos años y a la que ha añadido nuevos datos Combier, es discutida por el A. que piensa que el "hipotético antecesor del viejo Solutrense debió de ser una industria (o industrias) con una proporción más bien fuerte de raspadores, una débil proporción de buriles, una propensión a fabricar hojas retocadas y una tendencia al retoque plano, en general de escama" y es el Auriñacense, en cierto modo, el que llena estas condiciones, sobre todo si tenemos que el paso de una industria a otra se pudo hacer sin grandes cambios y aunque para ello la principal dificultad reside en el cambio de tipo de retoque (semiabrupto e irregular en el Auriñacense, alargado y regular en el Solutrense), no es menos verdad que algunas hojas retocadas auriñacenses (que yo denominé puntas de cara plana auriñacenses) se acercan a ciertos subtipos de puntas de cara plana solutrenses. Los descubrimientos de Combier (Nerón, Figuier, Maras, Oulen) en el valle del Ródano, señalan la existencia de un Micro-Musteriense mediterráneo, contemporáneo del Paleolítico superior de otras regiones europeas, que contiene (en Nerón y Figuier) un cierto conjunto de elementos auriñacenses muy acusado, que podría ser una industria de transición, en la que, según Smith, podrían encontrarse las raíces del Solutrense, aunque todavía no está claro el proceso de interacción mustero-auriñacense y el valor de sus distintos elementos. De acuerdo con esto Smith cree posible predecir, y el futuro podrá confirmarlo o no, que el Solutrense se originó probablemente en el Bajo Ródano dentro de un Paleolítico superior generalizado, formado por un Auriñacense local influido por una industria musteroide de perduración tardía. De momento esta hipótesis con toda su complejidad es la más probable de todas. Nuevas investigaciones en el Bajo Ródano podrían confirmarla. Sin embargo existe una cierta dificultad para su aceptación, si, como establece Smith, los niveles Proto-Solutrenses de Laugerie Haute, Ba-

degoule y Trilobite son anteriores a los niveles del Solutrense inferior del Bajo Ródano, pues no podemos suponer que el Mustero-auriñacense de Nerón y Figuiet originase fuera de su región una industria Proto-Solutrense y que más tarde, en el Bajo Ródano nos encontremos con un Solutrense inferior, que tuvo o un desarrollo paralelo al Solutrense inferior de Dordogne, Corrèze y Lot o bien deriva de éste. Son aspectos de la cuestión de origen que no veo suficientemente aclarados, sobre todo si tenemos en cuenta que "comme le montrent les données de Laugerie Haute Ouest, nous pouvons assumer que ses lignes générales (del Proto-Solutrense y del Solutrense inferior) étaient les mêmes".

Las líneas generales del desarrollo del Solutrense francés son aceptables, no así, como ya hemos señalado, las que el A. propugna para la región levantina española. Pero no es ésta la mejor ocasión para discutir el problema y espero hacerlo más adelante.

El breve comentario acerca del Arte solutrense es extremadamente interesante, pues en él se reúne toda la documentación francesa acerca del problema. El A. señala como una característica esencial del arte solutrense la carencia de representaciones femeninas y de vulvas, hecho que recientemente he puesto de relieve (*Sobre técnicas, temas y etapas del Arte paleolítico de la región cantábrica*, ZEPHYRVS, XV 1964, p. 22).

En fin, todavía podríamos seguir comentando esta gran obra, pero razones de espacio nos lo impiden. Con lo apuntado creemos que el lector puede formarse una idea acerca de la importancia de la obra y de las consecuencias que tendrá en el futuro de nuestros estudios. Sólo me resta felicitar al buen amigo P. L. E. Smith el trabajo realizado y llevado a tan buen fin. Su libro es una gran lección viva y las críticas que se le pueden hacer no harán otra cosa sino realzar su valor e importancia.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

ANTONIO BELTRÁN, ROMAIN ROBERT Y JEAN VEZIAN: *La cueva de le Portel*. Zaragoza 1966. 200 págs., XCIV láms. y 2 planos.

Se trata de una interesante monografía sobre el arte parietal de Le Portel, uno de los yacimientos rupestres más interesantes de la región pirenaica y hemos de agradecer a los autores que hayan hecho un trabajo metódico y lo suficientemente amplio como para rellenar las lagunas de las primeras publicaciones en torno a esta cueva.

Un breve estudio geológico nos establece las condiciones en que se formó la cueva, que sirvió, no sólo de santuario rupestre, sino también de hogar. Esta ocupación de la cueva por el hombre paleolítico, que se realizó durante el Musteriense y el Magdalenense, se nos describe, para nuestro gusto, demasiado sucintamente, poniendo de relieve algunos tipos industriales y elementos de arte mueble, que, contra lo que era de esperar, ofrece pocas semejanzas con el arte parietal del yacimiento. Ni siquiera la cabeza de caballo recortada muestra puntos de contacto con las cabezas equinas rupestres.

A continuación una completa nota bibliográfica da paso a la detallada descripción de cada una de las 89 figuras dadas a conocer por Breuil y sus colaboradores, a las que los autores han agregado una treintena de nuevas figuras o de restos de ellas.

En un interesante capítulo se analizan los distintos tipos de animales representados: caballos (33), bisontes (22), ciervos (7), bóvidos (3), cápridos (3), lechuza (1), pez (1) e hiena (?) (1). Creo, con Leroi-Gourham, que no hay reno. Este animal, aunque existe en las zonas bajas del Pirineo, no es nunca abundante, dado que el tipo de "habitat" pirenaico, excesivamente montañoso, no es el más apropiado para su desarrollo.

Sigue un interesante estudio acerca de los antropomorfos, cuyo interés es de sobra conocido. En esta serie de antropomorfos, en contra de la opinión de los autores, nosotros encontramos una serie de rasgos comunes —exageración fálica y cabeza teriomórfica—, lo cual hace que nos encontremos ante un denominador común para todas las representaciones de este tipo. No creo que pueda sostenerse el “aire burlesco” del antropomorfo en rojo (n.º 23), presente sólo en la reproducción de Breuil.

En cuanto a los temas relacionados con la “magia de la fecundidad” hay que ser muy circunspecto (yo mismo he incurrido en el magismo” que ahora critico y por ello entono mi “mea culpa”). Es posible que nos encontremos con representaciones de la fecundidad, pero *sin magia*. No basta un vientre grávido o dos animales, uno tras de otro, para que hablemos de magia procreativa, de ritos de la fecundidad, etc., lo cual no son otra cosa que explicaciones complicadas y tangenciales de hechos mucho más sencillos.

Respecto de las representaciones vulvares yo pienso que se trata más bien de signos en relación con “status” sociales de predominio femenino, sin que por el momento pueda apoyarlo en algo convincente. Acerca del llamado por Breuil “as de pique”, que Beltrán quiere identificar con una vulva, es cosa más que problemática, que en todo caso estaría representada al revés.

Sobre “tectiformes y signos”, como ya he dicho en otra ocasión, creo que deben de denominarse “ideomorfos”, y en Le Portel encuentro precisamente la justificación de mi nueva denominación, ya que en esta cueva no existe un verdadero “tectiforme”, tan sólo el rectángulo dividido en dos (60 B) pudiera serlo. Los llamados “claviformes” en forma de asa (bummenrang) podrían representar también un tipo de propulsor o “amentum” de jabalina.

Se estudia también la utilización de los accidentes naturales de la roca como elementos integrantes de alguna representación, así como los problemas de la distribución y agrupación de las figuras, con resultados que no coinciden con los propugnados por Leroi-Gourham y se llega a la conclusión de que “en Le Portel se producen acumulaciones de animales en las galerías II y IV, caballos y bisontes, comenzando cada una de ellas, en su entrada, por el que está en minoría, es decir, la galería de los caballos por un bisonte y la de bisontes por un caballo”. Los puntos, trazos y demás ideomorfos se encuentran invariablemente al principio o al final de todas las galerías.

En la parte dedicada a ideas artísticas y técnicas, muy bien planteado y estudiado, se hubiera podido añadir una amplia relación con los problemas cronológicos. Así, el caballito en rojo (40), cuyo contorno se delimita con un trazo fino, se asemeja en concepción y técnica con las ciervas en rojo y grabado fino de La Pasiega. Estas figuras a tinta plana pertenecen sin duda a una fase final de nuestro ciclo solutrense o magdalenense.

Los autores han tratado la cuestión climática de un modo poco convincente, ya que no parece admisible aplicar el esquema climático del Périgord a la región pirenaica. Se trata de dos zonas con un “habitat” muy distinto.

En cuanto a cronología, estimo que es insostenible la atribución de los antropomorfos al ciclo auriñaco-perigordense de Breuil. Sólo es posible relacionarlos con los antropomorfos fálicos grabados sobre hueso de La Madaleine (Les Eyzies), encontrados en el Magdalenense IV y que por el momento son los únicos documentos que poseemos para poder establecer una fecha relativa de los antropomorfos rupestres. Ese mismo razonamiento nos ha servido para rechazar la atribución, hecha por Breuil, del antropomorfo de Hornos de la Peña al Auriñacense. Es posible que la opinión de Leroi-Gourham relativa a la existencia de dos santuarios, uno graveto-solutrense y otro Magdalenense III-IV, pueda ofrecer una solución idónea a los problemas que esta interesante cueva presenta.

Antes de terminar quisiéramos testimoniar a los autores nuestra admiración por la obra realizada. Con ella se reanudan los lazos de colaboración hispano-francesa en el terreno del

arte cuaternario, que comenzaron en tiempos del llorado Abate Breuil. Se ha llevado a cabo una labor que esperamos tendrá amplias consecuencias científicas, por lo que felicitamos sinceramente a los autores y esperamos que siga esa fructífera colaboración, cuyos resultados nadie mejor que nuestras modestas críticas han sabido valorar y poner de relieve.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

MARTÍN ALMAGRO: *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*. Biblioteca Praehistorica Hispana vol. VIII. Instituto Español de Prehistoria del C. S. de I. C. Madrid 1966, 218 págs. + 10 sin paginar, 213 figs. y L láms.

Nos encontramos, sin duda, ante una de las obras mejor logradas de Martín Almagro. El conocimiento directo del tema tratado y las numerosas aportaciones del A. sobre aspectos periféricos al mismo, hacen de este libro una interesante y valiosa aportación al problema del Bronce final e inicios del Hierro peninsular. Las ilustraciones buenas en su mayoría, se han prodigado y todas ellas ayudan a la comprensión de los problemas tratados, por lo que el libro resultará de indiscutible utilidad. Vamos a tratar brevemente de su contenido, bien para realzar la exposición de algunos de los múltiples problemas, bien para criticar otros que a nuestro entender debieran de haber sido tratados de otro modo o con otro método.

En primer lugar, creo que el orden de exposición de las estelas debiera de haberlo presidido no "el criterio cronológico de su aparición" (relegando esto a un primer capítulo de tipo histórico-bibliográfico), sino más bien un criterio sistemático de ordenación de los distintos conjuntos de piedras decoradas, máxime cuando ocupan áreas geográficas algo distintas.

Otro aspecto metodológico, que se ha dejado de lado, es el de no haber agrupado claramente lo que son losas sepulcrales propiamente dichas de lo que son sencillas estelas, no obstante habernos señalado el A. que hay losas para adoptar la posición horizontal y otras piedras que debieron de estar hincadas en el suelo a la manera de menhir, en las que quizás se podrían diferenciar aspectos o subtipos.

Con mejores criterios metodológicos han sido tratados los capítulos de la segunda parte que estudia las estelas desde puntos de vista históricos-culturales.

Uno de los temas de mayor interés es el de los llamados "ídolos ancoriformes". El A. señala su posible relación con los "ídolos oculados" y rechaza su probable entronque con representaciones de hachas, en lo que creo que tiene razón, sobre todo porque en el área geográfica de las estelas con figuras ancoriformes no se encuentran hachas de filo curvo, como las que se encuentran en la Europa Nordoccidental. Las relaciones que el A. señala con los ídolos ancoriformes del Mediterráneo oriental parecen aceptables. También hubieran podido señalarse sus semejanzas con las figuras ancoriformes de nuestro arte esquemático. Por mi parte, aunque creo fundada la opinión de Almagro, me resisto a creer que en una losa funeraria que fundamentalmente nos ofrece una panoplia con las armas del difunto se recubra como un ídolo. ¿No podría tratarse de un elemento más de la panoplia y encontrarnos ante la maza —dibujada esquemáticamente— del guerrero? En las estelas del segundo grupo aparece también una representación, interpretada como espejo, que realmente representa una maza.

Las figuras esquemáticas antropomorfas, propias del segundo y más tardío grupo de estelas son comparadas a las representaciones de las estelas menhires del Alto Adigio y de

Córcega. Quizás con este grupo pudiera enlazarse el interesante ídolo de Pena Tú (Asturias) que creo debe de atribuirse al Bronce final.

Las representaciones de espadas son estudiadas ampliamente y difícilmente podemos añadir nada a lo dicho, ya que el tema ha sido tratado repetidamente por el A. con resultados cada vez más firmes. Junto a las espadas se tratan también puñales y machetes.

Los escudos han sido tratados con gran amplitud y creo que después de la revisión del problema por Almagro queda ya claro que los escudos con escotadura en V son propios de una provincia mediterránea (Creta, Asia Menor, Chipre) que se proyecta en el Suroeste español e incluso llega a Irlanda, mientras que los escudos con escotadura en U son propios de una región germano-danesa, también con ejemplos en Irlanda.

Las conclusiones sobre los cascos y yelmos representados en estas estelas ofrecen un gran interés. Almagro se inclina hacia una fecha posterior al s. IX a. C. para los cascos del "tipo de peine y cimera de punta aguda", algunos de ellos con saledizos en forma de clavos en laterales y partes bajas. Dentro de este grupo incluye el casco del jinete del abrigo de la Gasulla (Ares del Maestre, Castellón), con lo que nuestra hipótesis sobre una cronología baja del Arte Rupestre Levantino se ve en parte confirmada con esta fecha tan adentrada ya en el I milenio. También el casco con cuernos es considerado más en relación con el mundo mediterráneo, que con los cascos daneses del mismo tipo.

La alabarda, arma típica de nuestro Bronce I, continúa apareciendo en estas estelas y nos muestra la perduración de un interesante elemento cultural dentro de una área conservadora. Hachas y lanzas completan el estudio de la panoplia de las estelas, a las que hay que añadir la presencia de arcos y flechas. El arco se manifiesta en sus dos tipos: arco simple y arco compuesto o de doble curva. Este último se encuentra representado en la estela de san Martinho I (Portugal), que pertenece al subtipo de grandes dimensiones (el otro subtipo, el escita, es pequeño, para disparar desde el caballo). Por ahora, su único paralelo se encuentra en los arcos compuestos, de gran tamaño, representados en el abrigo de la Vieja (Alpera, Albacete).

Escoplos, cinceles, gubias, broches de cinturón han sido tratados y valorados debidamente. Una mayor extensión ha sido dedicada a las fíbulas, de las cuales el A. hace un acabado estudio. En cuanto a los llamados "espejos" por el A., ya hemos dicho nuestra opinión sobre si serán unas posibles mazas de combate (aunque para eso quedan cortas de mango). Desde luego, si no se nos ofrecen razones más convincentes no creemos que exista la posibilidad de considerarlas como espejos.

En cuanto a los carros es complejo el problema de cómo llegaron a la Península, pues aunque su origen ha de suponerse en el Creciente Fértil, su expansión hacia Europa está todavía mal documentada. Ruedas macizas y ruedas radiadas coexisten en las últimas etapas de nuestro arte esquemático, dentro de una fecha relacionada con las estelas extremeñas.

Después de esta extensa valoración de cada uno de los elementos el autor agrupa a las estelas extremeñas dentro de dos tipos. El tipo I, o alemtejano, con armas del Bronce medio avanzado, ídolo "ancoriforme", con técnica de relieve, con área de dispersión en el Alemtejo, salvo una el Algarve, con dos subtipos. El tipo II lo forman las estelas grabadas con trazo lineal fuerte y profundo, que aparecen en la Extremadura española, Andalucía, Algarve, hasta la Sierra de la Estrella y presenta dos subtipos, uno con representaciones antropomórficas y otro sin ellas, ambos con armas y otros objetos.

El A. propone para el Tipo I unas fechas entre el 1.000 y el 800 a. C., mientras que el Tipo II comenzaría en el 800 y terminaría en el 400 a. C. Esta posición cronológica creemos que va a originar algunas discrepancias entre los especialistas, sin embargo, creemos que puede ser aceptada sin grandes reservas. Si tenemos en cuenta que las lápidas sepulcrales del tipo I ofrecen en algunos casos inscripción en alfabeto bástulo-turdetano y éste

parece que tiene como fecha tope para su formación los siglos VIII-VII a. C., no es excesivamente hipotético pensar en las fechas propuestas por Almagro.

Algo difícil resulta acompañar al A. en su adecuación de los pueblos conios a las estelas del tipo I y de los cempsos a las del tipo II. Respecto a estos últimos no creo que sea posible atribuirles unas estelas con escudos de origen mediterráneo a unos recién llegados del Centro de Europa. Me parece extraño que el A. partidario de una panceltización de la Península, sugiera tal identificación, a no ser que con ello intente demostrar los escasos efectos de esa celtización en el Sur. Pero éstos son ya problemas que escapan a nuestras posibilidades críticas.

Queremos terminar felicitando al Prof. Almagro por la labor que ha llevado a cabo en este magnífico libro. Nuestras críticas, reparos y observaciones no tienen más pretensión que las de acrecentar el valor de lo expuesto en libro, con que el Instituto Español de Prehistoria ha enriquecido a nuestra investigación.

F. JORDÁ CERDÁ

CHESTER G. STARR: *Le origini della civiltà greca*, Edizioni dell'Ateneo, Roma 1964, 347 páginas, 5.000 liras.

Se trata del volumen quinto de la colección "Incunabula graeca", dirigida por C. Gallavotti, el conocido micenólogo y patrocinada por el "Centro de estudios micénicos" de la Universidad de Roma. En esta ocasión la mencionada institución ha tenido a bien publicar la traducción en italiano de la obra de Chester G. Starr titulada *The Origins of Greek Civilization*, Nueva York, A. Knopf, 1961.

La traductora es Ana Sacconi, quien con Gallavotti trabajó en la confección del volumen primero de la referida colección: *Inscriptiones Pyliae*, (1961).

La obra está dividida en tres partes a saber: I "El antiguo mundo egeo", II "El medievo" y III "La era de la revolución".

I. En los primeros capítulos se ocupa el autor de distintos aspectos del Neolítico y la Edad del Bronce en Grecia así como de las numerosas y notables influencias del Oriente en estas épocas. No hubo al parecer, entre ambos períodos, un corte verdaderamente profundo y decisivo en la constitución étnica de los pueblos egeos. Rechaza la hipótesis de la migración de pueblos de Anatolia hacia occidente a través del Egeo y se muestra escéptico ante la consideración de algunos lingüistas que caracterizan los sufijos de topónimos *nd/nt(h)* como no-indoeuropeos. Modernamente, en efecto, esta última cuestión ha entrado en crisis. Ha habido una reacción frente al abuso de ciertos lingüistas que han querido resolverlo todo especulando con la incógnita del "substrato egeo", cf. Kreyschmer, *Glotta* XI, págs. 284, 285. Hasta el año 2.000 no hay pruebas arqueológicas que permitan pensar en una invasión emprendida desde el Norte. Pero a comienzos del Heládico Medio aparecen en distintas localidades del continente griego como Tirinto, Orcómenos, abundantes huellas de destrucción por incendio, al mismo tiempo que se perciben estilos nuevos en la cerámica, e interesantes variaciones en los métodos agrícolas y los ritos funerarios. ¿Corresponde esta conmoción a la invasión de un pueblo indoeuropeo o se hablaba ya griego antes del Heládico Medio? En el segundo milenio se producen una serie de movimientos migratorios de pueblos indoeuropeos. La penetración de los Griegos en la península Balcánica en torno a esta fecha no sería un hecho aislado. De todos modos Starr sostiene firmemente que la concepción de dos oleadas sucesivas de invasores en el segundo milenio (jonios y eolios o aqueos) no tiene fundamento arqueológico alguno. Muchos aspectos que se descubren en época micénica

(religión, lengua) perduran en el primer milenio. Es más, si F. Sommer en 1947 sostuvo que los sufijos *-nd-* *-ss-* *-nth-* *-ss-* correspondían al proto-ático u otra lengua más antigua, Van Windekens afirmó en *Essai sur une langue indo-européenne préhellénique* (1952) que *-nd-* es un sufijo indoeuropeo, y Kretschmer, que en 1896 había hablado de un sufijo preindoeuropeo *-nth-*, distingue en *Glotta XXXII*, 1953 pág. 192, un sufijo indoeuropeo *-nt-* y otro "mediterráneo" *-nth-*. En este orden de ideas es digna de mención la importante aportación de J. Sundwall, "*Die einheimischen Namen der Lykier nebst einem Verzeichnisse Kleinasiatischer Namenstämme*", *Klio XI*, 1913, cf. la reseña de Heubeck en *Gnomon XXV*, 1963 págs. 226-271. En *Amer. Journ. of Arch. LXII* (1958) págs. 21-28 Mellaart considera que los mencionados sufijos son indudablemente indoeuropeos. Al comienzo del segundo milenio los hititas estaban ya asentados en Asia Menor junto al curso medio del río Halis. Otro grupo étnico indoeuropeo penetra en la India a mediados de este milenio. Pues bien fundándose en estos datos Starr deduce que la primera invasión indoeuropea de la Hélade tuvo lugar al comienzo del Heládico Medio. Y hasta el año 1.200 a la Arqueología le es dado testimoniar un gran desarrollo político y una espléndida prosperidad en el Mediterráneo oriental. El centro de irradiación política en la cuenca del Egeo estuvo ubicada en Creta hasta el 1.400 y más tarde en el continente. El eje de la civilización micénica (1.400-1.200) radicaba en torno a Micenas. Uno de los aspectos más curiosos de esta época es el gran impulso de expansión al exterior. La cerámica micénica llega hasta Silicia y algunas localidades de Italia Meridional. A finales del segundo milenio una serie de pueblos del litoral egeo se sienten gravemente amenazados, importantes puertos de las costas de Siria, Palestina y Chipre, fueron saqueados, Egipto tuvo que hacer frente a una invasión hacia el año 1.185 y de nuevo Grecia contempla la invasión de elementos étnicos indoeuropeos. Con anterioridad a esta fecha sin embargo han tenido lugar conmociones en territorio griego: Tebas fue destruida en el Micénico III A (mediados del s. XIV) cf. P. J. Reimer, *Zeven tegen Thebe: Praehelleense elementen in de Helleense traditie*, Amsterdam 1953, y la reseña de Dirlmeier en *Gnomon XXVI*, 1954. Los indoeuropeos que penetraron en Grecia al comienzo del Heládico Medio emplearon una lengua que se refleja en las tablillas escritas en lineal B y que han sido halladas en Pilo, Cnoso, Micenas y Beocia. A juzgar por las numerosas formas no griegas que en ellas pueden leerse Starr interpreta que tuvo lugar un proceso de unificación entre los invasores indoeuropeos y la población sometida. Cf. Saul Levin, "Greek and Non-Greek Inflections in Linear B", *Mycenaean Studies*, 1964, págs. 147-156; pág. 162: "The language written in Linear B characters is not simply an archaic Greek dialect".

II. En la etapa que Starr denomina "Medieval" surge la cerámica geométrica. Desborough en *Proto-geometric Pottery*, pág. 294 había fechado la aparición de la cerámica geométrica de Atenas hacia el año 1025. Para Starr esta cerámica no representa un retroceso con respecto a la época micénica; la vieja inspiración no se ha perdido totalmente. En otro orden de ideas nos parece muy justa la observación del autor en la pág. 110: "Trattare dialettici storici come entità virtualmente fisse attraverso lunghi secoli, in cui mancava la scrittura, e cosa estremamente pericolosa". La diversidad lingüística que se aprecia en época histórica, digamos más bien en el primer milenio, aparece parcialmente al menos como resultado de importantes evoluciones llevadas a cabo en época postmicénica, de la que no tenemos testimonios lingüísticos. Con Starr pensamos que algunos dialectólogos no han tenido en cuenta suficientemente la evidencia de los restos arqueológicos y que no han pisado terreno firme al desdeñar como fuente de comparación la génesis de algunos dialectos modernos. Las lenguas habladas cambian con relativa facilidad, y es un hecho que gran parte de los dialectos actuales son muy recientes. Por otra parte es suficientemente claro que no es justo identificar dos conceptos como los de raza, estirpe, por un lado y lengua o dialecto por otro.

Que dialectos estrechamente vinculados como el jonio y el ático todavía en pleno siglo VIII no han adquirido rasgos suficientes de diferenciación mutua nos parece acertado.

En realidad el Medievo (1100-880) es un período enormemente oscuro, durante el cual el mundo griego se desarrolla lentamente, pero en el que se consolidan una serie de puntos claves de mentalidad e instituciones que aparecerán bien arraigados en los sucesivos años de progreso. Modernamente en Arqueología se rechaza la teoría anteriormente tan extendida de que los dorios fuesen los introductores de la cerámica geométrica. Y si antes se pensaba que el motivo ornamental del meandro era de origen centro-europeo, hoy es cosa bien sabida que semejante decoración era ya conocida del mundo egeo en pleno segundo milenio. El paso del estilo submicénico al protogeométrico en la cerámica fue mucho más repentino que la transición paulatina que se vislumbra en el tránsito de este último al geométrico. ¿Qué ocurrió pues en Grecia, si los testimonios materiales implican una evolución rapidísima en el tiempo con respecto de la época anterior? Cf. Whitman, *Homer and the theoretic Tradition* pág. 20. Sabemos cómo en determinados aspectos entre la época micénica y el mundo griego posterior existieron innegables conexiones (religión, épica); pues bien hasta cierto punto la cerámica protogeométrica ofrece a la consideración algunos rasgos heredados de la época micénica. Pero en este período histórico y en el medievo las concepciones de la vida aparecen en claro contraste. Frente a la consideración del Medievo como una época indiferenciada y estática, Starr propone justificadamente que este oscuro período carente de desarrollos espectaculares corresponde a una etapa de sedimentación y consolidación que presagia la gran alteración que resultará a partir del año 800.

III. "La época de la revolución" comienza en el siglo VIII a. J. C. Las zonas más desarrolladas del Egeo establecen un importante contacto con Oriente a mediados de siglo. Ya a comienzos de siglo las influencias orientales en los vasos áticos son innegables. Una larga red de colonias griegas se extiende hasta el mar Negro, y los contactos de los Griegos con los Fenicios y Etruscos se hacen numerosas. Ya en Homero hay abundantes alusiones a mercaderes fenicios. Los mismos griegos se hacen a la mar con evidentes anhelos de comercio: los hallazgos de cerámica protogeométrica y geométrica antigua en distintas localidades del Egeo muestran que en el siglo VIII los griegos han restablecido en este área una importante expansión comercial. Pero esta irradiación no fue únicamente comercial, a juzgar por representaciones en vasos áticos y corintios del siglo siguiente. Recientemente se ha descubierto un asentamiento colonial griego en el Norte de Siria. Hacia mediados del siglo VIII tras la época de consolidación las creaciones artísticas de Grecia adquieren una asombrosa madurez y aparecen técnicas bien consolidadas que expresan gran habilidad y riqueza de recursos. Coincide este período con un desarrollo intelectual basado en profundos cambios políticos, sociales y económicos.

En el arte se puede asignar una cronología absoluta a este proceso: desde el comienzo del estilo protocorintio (750) hasta el final del protoático antiguo (680). Si la Iliada y la Odisea que recogen la herencia de la época micénica fueron apreciadas por pensadores como Jenófanes y Platón, puede pensarse en efecto, sostiene Starr, que ello se debe a la continuidad del tipo de civilización delineado en los dos siglos del Medievo. Y ya Arquíloco de Paros (ca. 650) se sale fuera de la época de la revolución. Fue entonces cuando surgió una concepción del individuo como personalidad política. En el fondo para Starr los poemas homéricos o los vasos del Dipilón anuncian ya el estupendo brote de la época clásica.

HUXLEY, G. L.: *The early Ionians*, Faber and Faber, Londres 1966, 220 págs. y 5 mapas, 45 s.

El desciframiento de los textos escritos en lineal B señala un importante hito en la historia de la Dialectología y de la Arqueología griegas. Para la Dialectología el suceso fue de singular importancia, porque, entre otros, planteó el problema de señalar la situación dialectal del micénico en el conjunto de los demás dialectos griegos. Para los arqueólogos fue también decisivo el hecho de poder trabajar con tablillas en que aparece escrita una modalidad de griego, en muchos casos inteligible, hablada en el segundo milenio antes de Cristo. En ambos campos de investigación brotaron nuevas posibilidades de interpretación y antiguas teorías entraron en crisis. Bastará con hacer referencia a la obra de V. R. d'A. DESBOROUGH: *The last Mycenaean and their Successors*, Oxford 1964; F. CASSOLA: *La Ionia nel mondo miceneo*, Nápoles 1957 en que sostiene la tesis de la unidad cultural y lingüística de las colonias griegas de Asia Menor en época micénica; M. SAKELLARIOU: *La migration grecque en Ionie*, Atenas 1958 donde se expone la conclusión de que las grandes oleadas de invasores son posteriores a la penetración de los dorios, aunque Mileto era una colonia en época micénica.

La obra de Huxley consta de diecisiete capítulos, a lo largo de los cuales, sin hacer caso omiso de los datos arqueológicos, va bosquejando la historia política e intelectual de Jonia minorasiática e insular desde el final de la época micénica hasta el desencadenamiento de las guerras médicas a comienzos del siglo V a. J. C. Sigue también muy de cerca la evolución histórica y cultural de las vecinas Eólida y Lesbos.

Es interesante el primer capítulo titulado "Los predecesores de los Jonios" porque en él expone Huxley con gran claridad y método las relaciones existentes entre el mundo micénico y la costa occidental de Asia Menor. Hacia el siglo XIII a. J. C. los hallazgos arqueológicos revelan un alto grado de unidad en las manifestaciones de la cultura material del mundo micénico. Esta sorprendente uniformidad es sobre todo evidente en cerámica, en que la influencia de la Argólida es innegable. Ello implica una posición relevante del rey de Micenas, que sin duda hay que poner en conexión con el señorío de Agamenón "rey de reyes", *basileútatōs* (cf. Hom. Iliad. c. 9 v. 69), relación que está lejos de ser injustificada, sobre todo, si se tiene en cuenta que Troya VIIa sucumbe por ataque guerrero a espada y fuego hacia mediados de siglo. La destrucción de Troya, de la Troya de Príamo, puede situarse sin gran riesgo de error antes del año 1200 a. J. C. Así parece desprenderse de que se haya encontrado en Troya VIIa cerámica del tipo Micénico III A y temprano Micénico III B. Un texto hitita refiere que el rey de los *Ahhiyawā* está empeñado en una campaña frente a una localidad asentada en el Noroeste de Asia Menor hacia mediados del siglo XIII (cf. Desborough, *The last Mycenaean* págs. 4, 218, 220-221). Según la tradición recogida en Aristóbulo (139 F 6), Aquiles en una de las razzias, que capitanean los héroes homéricos, sobre poblaciones vecinas a Troya, con el propósito de abastecer el campamento aqueo durante el asedio, atacó Mileto, ciudad aliada del reino de Príamo, no incluida por tanto en la confederación que regía Agamenón (cf. Iliada c. 2, v. 868). Es digno de mención el hecho de que para Huxley los *Ahhiyawa* son los Aqueos, cuyo rey es el señor de Micenas; frente a este punto de vista cf. D. L. PAGE: *History and the Homeric Iliad*, California 1959, quien considera a los *Ahhiyawa* localizados en Rodas. De modo que las formas *Millawanda*, *Millawata* que se leen en un texto hitita de alrededor del 1300 a. J. C. pueden muy bien encubrir *Milwatos*, base de la posterior denominación "Mileto". Claro es que no se puede deducir de ello que en esta época, aunque Mileto perteneciera al dominio aqueo, estuviese habitada por colonos que utilizasen el griego como lengua. La migración doria, que coincide con el colapso del poderío micénico, tuvo lugar, según la tradición, tras un intervalo de dos

generaciones con relación a la destrucción de Troya. Efectivamente restos de destrucción que datan del 1200 a. J. C. se atestiguan en el Peloponeso y algunas otras zonas del continente griego. Aseguran los arqueólogos que fue alrededor de esta fecha cuando el palacio de Pilo sucumbió a las llamas. Poco más sobrevivió Micenas. Hacia 1150 la extinción del imperio micénico es un hecho. Pero los síntomas de este fatal desmembramiento se hacen sentir ya tras la guerra de Troya. A la invasión de los dorios siguió la huida de un grupo de Aqueos a Chipre, mientras otros encontraron refugio en las montañas de Arcadia; el golpe repercutió en varios puntos de Grecia: fugitivos procedentes de localidades diversas de la Hélade se concentran en el Atica, que según la tradición, fue también atacada por los dorios desde el Peloponeso (pág. 19). A este respecto sería interesante comparar la exposición del profesor Huxley con Heród. V, 76; véase también la exposición de N. G. L. HAMMOND en *La Cambridge Ancient History*, vol 2, cap. 26, 46. Recuérdese asimismo que, según Pausanias (II, 18, 9) algunos de los descendientes de Néstor (Pilo fue arrasada, pág. 20) huyeron a Atenas. Colofón desempeña un importante papel en las leyendas de los Nostos y en efecto en Colofón se han encontrado restos micénicos del 1200 aproximadamente.

Pero fue sobre todo al final del siglo XII cuando tuvieron lugar las migraciones de griegos a Asia Menor (cap. II: "La migración jonia"). Con el tiempo la costa menorasiática que se extiende desde el altar de Poseidón en Cape Monodendros, cerca de Mileto, hasta Focea al Norte, junto con las islas de Quíos y Samos, constituirá el dominio denominado Jonia. El Atica fue la plataforma de la que arrancó la migración jonia. Melanto, padre del rey Codro y sobrino de Néstor fue rey de Atenas (Hdto. V, 65, 3) después de la destrucción de Pilo. Un historiador serio y responsable como Tucídides afirma que los dorios ocuparon el Peloponeso unos ochenta años después de la guerra de Troya. Tal vez entonces, Melanto vivió en el último siglo del segundo milenio, y su nieto Neleo, hijo del rey Codro, comandó la migración de los jonios a Mileto. Ciertamente los restos arqueológicos micénicos encontrados en esta localidad, preceden en un corto intervalo de tiempo, a los de estilo submicénico y protogeométrico.

Huxley no toca el problema de encuadramiento del dialecto jonio. Se contenta con afirmar que las distintas variedades de jonio que aparecen en época histórica suponen la existencia de un proto-jonio común hablado en época micénica. Renuncia a penetrar en la discusión tan vivamente suscitada en la Dialectología griega de los últimos años acerca de la génesis del jonio como dialecto. La nueva teoría sobre el origen relativamente moderno del dialecto jonio arranca de E. RISCH, "Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht": *Musenm Helveticum* XII (1955), 61-76, que utilizó como base de partida un trabajo de W. PORZIG titulado "Sprachgeographische Untersuchungen su den altgriechischen Dialekten", y publicado en *Indogermanische Forschungen* LXI (1954) págs. 147-169. Dos eminentes especialistas en micénico, CHADWICK y HALMER exponen dos enjuiciamientos en claro contraste acerca de la relación entre micénico y jonio. Para este último, a quien sigue más bien Huxley (cf. pág. 35) el micénico está en conexión más íntima con el proto-arcadio-chipriota que con el proto-jonio (cf. PALMERS *The interpretation of Myceneam Greek Texts*, Oxford 1963 pág. 64), CHADWICK sin embargo concluye apoyándose en RISCH que en época micénica jónico-ático y arcadio-chipriota no se diferencian, y que en aquellos puntos de discrepancia que se observan entre ambos dialectos en el primer milenio, el jónico-ático coincide con el grupo dialectal occidental (cf. J. CHADWICK, C. A. H. capt. XXXIX, vol. II). Aparte de que este punto de vista nos parece más convincente, quisiéramos añadir lo siguiente: La mención más antigua del término *jonio* en textos históricos aparece en documentos de Ras Samra (Ugarit), que datan del siglo XIV a. J. C., y a juzgar por el contexto hace alusión a una población asentada en una zona a la que puede asignarse como límites extremos Chipre y Cilicia. No se refiere pues a los asentamientos de la costa occidental de Asia Menor, que

con el tiempo será Jonia (para una información más amplia cf. W. BRANDENSTEIN "Bemerkungen zur Völkertafel in der Genesis", *Festschrift Debrunner* Berna, 1954, págs. 66-70). Resulta entonces que si en la zona indicada nunca hubo asentamientos jonios, ¿a qué estirpe alude la mención? Tal vez a una estirpe no griega. Pero ocurre que Chipre fue un emporio micénico en la época de colonización y comercio de ultramar y por otra parte en una tablilla (KN X 146) se lee el nombre propio *i-ja-wo-ne*.

El resto del libro se lee con verdadera fruición y en especial destaca el cap. IV que se refiere a los orígenes de la poesía épica jonia. El nacimiento de la filosofía naturalista (cap. X) y el brote de la incipiente historiografía y geografía son puntos finamente tratados y con sorprendente lujo de detalles y alusiones de todo género. Se percibe en fin una honda formación filológica en el profesor Huxley que en la actualidad dirige el departamento de griego en la Queen's University de Belfast.

A. LÓPEZ EIRE

ANA MARÍA BISI: *Il Grifone. Storia di un motivo iconografico nell'antico oriente mediterráneo*. Roma, Centro di Studi Semitici, 1965; 275 págs., 23 figs., XXIV láms.

El grifo es uno de los motivos que, como la esfinge, aparece con mucha frecuencia en la iconografía preclásica del mundo mediterráneo y de las áreas limítrofes. La autora se propone una investigación muy ambiciosa: el estudio fundamentalmente iconográfico de este motivo en Grecia y en el Próximo Oriente, incluyendo un apéndice especial sobre la introducción del grifo en el arte griego orientalizante. Para esclarecer las complejas influencias entre las varias áreas artísticas y conseguir un estudio más sistemático, analiza las representaciones siguiendo un criterio geográfico y, en lo posible, cronológico.

Después de hacer una historia del grifo en los distintos períodos de Egipto, concluye con la afirmación de que hay tres tipologías fundamentales, cuyas interpretaciones son diferentes. La primera tiene un sentido sacral con funciones apotropaicas, mientras que en la segunda se trata de la imagen del faraón que triunfa o se venga de los enemigos vencidos, adquiriendo un valor regio; El grifo neo-egipcio, que sufre una fuerte influencia de la inspiración siria, supone un paso importante respecto a los dos tipos anteriores, ya que goza de un carácter esencialmente decorativo.

El área de Mesopotamia y de Elam cuenta con numerosos hallazgos de sellos, que constituyen el material principal de elaboración de este segundo capítulo. Los datos muestran la original línea de desarrollo del grifo mesopotámico y su independencia respecto al egipcio en sus dos tipologías básicas. Las investigaciones hasta ahora realizadas sobre las funciones que podría desempeñar este grifo dejan a la autora insatisfecha, aunque admite que el grifo de la fase primitiva puede entenderse como una criatura maléfica. En éste, como en los demás capítulos, no abandona los problemas religiosos, históricos o culturales, según prometió explícitamente en la premisa al libro, por estar en conexión con el tema central.

Trata después (cap. III) del grifo de Siria y Palestina, regiones que mantuvieron su territorio constantemente fraccionado. Las influencias exteriores sobre este motivo iconográfico son grandes, aunque no rompan la coherencia intrínseca. Estas vienen particularmente del Egeo en el Bronce Tardío y de Egipto sobre todo a partir del comienzo del I milenio.

Analiza, al hablar de Anatolia (cap. IV), el más antiguo grifo local que, en su tipología, más que a influjos egeos, recuerda a los prototipos acadios. A pesar de que también se prestó atención a modelos egeos, llegados probablemente a través de Siria, no se debe negar lo que de propia creación consiguió Anatolia sobre todo en síntesis bastante perfectas en

las que no es posible distinguir el origen de los elementos combinados y la originalidad lograda.

Concede una importancia excepcional al territorio de Urartu (cap. V), como creador original de tipologías que contribuyeron enormemente a la evolución iconográfica del grifo. La región de Van, en cambio, estuvo más sometida a influencias exteriores, que aceptó con bastante fidelidad, mostrando especial predilección por las tipología neo-asirias y tardo-hititas.

Distingue (cap. VI) cuatro tipos fundamentales en la historia del grifo chipriota. Parece significativo de la isla el acoger pasivamente influencias de prototipos ajenos en conformidad con los momentos de mayor preponderancia de unas regiones u otras, sin darles impronta propia. El hecho de que incluso existan iconografías diversas no impide que a veces aparezcan elementos originales, pero siempre poco definidos.

En el último capítulo la investigación gira en torno a Creta y Micenas, de las que hace resaltar un rasgo original como es la caprichosa abstracción del motivo. Son inseguras las hipótesis de su lugar de origen: unas veces nos hacen pensar en Egipto y otras en Siria, tratándose de momentos próximos.

El apéndice hay que considerarlo como una gran contribución al mejor conocimiento del arte griego. Si ya existían trabajos sobre el tema, en este libro adquiere una nueva y original visión, especialmente teniendo en cuenta el estudio anterior que lo precede.

Resumiendo: Podemos decir que nos encontramos frente a una obra de marcado carácter científico, en la que se solucionan muchos problemas y son frecuentes las sugerencias. Si consideramos además la abundante bibliografía manejada, junto con los elencos, índices, figuras y láminas y el sistemático orden en la exposición, comprenderemos su utilidad no sólo para los estudiosos del Próximo Oriente, sino para todo el que desea conocer las raíces de uno de los motivos iconográficos más importantes que se transmitieron al arte occidental posterior.

JULIO MANGAS

MARIA GIULA AMADASI: *L'iconografia del carro da guerra in Siria e Palestina*. Roma, Centro di Studi Semitici, 1965, 192 págs. y 29 figs.

Como es sabido por todos los conocedores de la Antigüedad, en el Próximo Oriente son muy frecuentes las representaciones del carro ligero con dos ruedas en escenas de caza o de guerra. Maria Giulia Amadasi ha centrado el estudio de este tema en Siria y Palestina por ser los dos lugares que nos ofrecen mayor variedad de características sobre tales representaciones. Pretende examinar los aspectos y variantes en que aparece el tema para esclarecer los problemas de origen y desarrollo, y lo centra cronológicamente en los milenios II y I a. C.

El libro está dividido en dos partes perfectamente sistemáticas: Documentación, iconografía y ambientación, separada cada una de ellas en dos capítulos que corresponden a ambos milenios. Analiza en la primera parte la documentación con un criterio de carácter iconográfico e incluye en diferentes apartados los materiales portadores de representaciones —piedra, metal, cerámica...—. La fina observación sobre detalles aparentemente insignificantes proporciona unas descripciones minuciosas y precisas, que sirven de base necesaria para elucidar los problemas. Las anotaciones bibliográficas que va presentando, referidas a los objetos descritos son de gran valor no sólo desde un punto de vista científico, sino también por su actualidad y por su excelente selección. En las descripciones de los objetos abundan continuas alusiones a semejanzas, novedades, variantes de unos a otros, lo que hace, de una parte de por sí árida y deshilvanada, un todo trabado que adquiere perfecto sentido dentro de la línea descriptiva.

No se pueden restar los méritos contenidos en la segunda parte entre los que hay que destacar las comparaciones de la documentación procedente de las distintas áreas y el estudio de los motivos iconográficos. Logra ciertamente precisar todas las variantes de los motivos e indicar el origen, características, influencias y evoluciones propias de Siria y de Palestina sobre estas representaciones. Consideramos, sin embargo, que queda poco desarrollada a veces la interpretación de los motivos, aunque con frecuencia aparezca con suficiente claridad.

La autora dedica la última parte de la obra a la ambientación de las representaciones del tema de la obra en las regiones vecinas del Próximo Oriente: parte fundamental de la obra, en la que terminan de perfilarse todos los aspectos que antes quedaban inseguros. Las filas de personajes en marcha, los tipos de carros con caja baja, los conductores, los motivos subsidiarios, el lugar de fabricación... son puntos concretados en todas sus posibles relaciones e interfluencias de orden artístico o geográfico. A falta de documentación suficientemente expresiva, la autora nos indica la imposibilidad de precisar ciertos aspectos, sin aventurar hipótesis infundadas, v. g. cuando no es posible presentar un cuadro completo de los diversos modos de representación en todo su desarrollo.

El haber organizado y descrito el material existente sobre el tema, los varios índices y elencos incluidos junto con la recopilación de las figuras y de la bibliografía tan dispersa son grandes méritos del libro. Puede decirse que estamos ante una obra seriamente trabajada, que aporta nueva luz sobre el problema y que indiscutiblemente nos habla de las buenas dotes de la autora para trabajos difíciles del mundo de la arqueología. Tal vez sería deseable una decisión mayor en el momento de hacer interpretaciones sobre los motivos iconográficos, —naturalmente siempre que nos indique hasta dónde llegan las propias hipótesis y hasta dónde nos llevan los datos—. Admitiendo la honradez científica que la autora muestra tener a lo largo del libro, estamos seguros de que incluso las hipótesis de interpretación de los motivos tendrían un gran interés para todo lector.

JULIO MANGAS

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY: *Los Cántabros*. Ediciones Guadarrama, Madrid 1966. 369 págs.

Una región, un pueblo, una historia. Bajo este triple punto de vista emprende el Dr. EcheGARAY el estudio del pueblo cántabro en toda su proyección histórica, desde su aparición en las primeras fuentes antiguas hasta su ocaso, al diluirse en las inmigraciones en masa de elementos visigodos e hispano-romanos procedentes de la Meseta que llegaron a refugiarse en sus montañas para emprender desde aquí la Reconquista.

De entre los pueblos indígenas que vivían en la Península a la llegada de los romanos hay algo en éste que subyuga: su carácter guerrero, su apasionado amor a la independencia, su espíritu de rebeldía ante moldes extraños que le quieren ser impuestos y que ya en la antigüedad lo hacen prototipo.

Y son estas gentes, la geografía que los rodea y sus avatares en el tiempo lo que el escritor aborda con entusiasmo, partiendo de los abundantes textos griegos y latinos que nos dan testimonio de ellos.

Con un análisis profundo e imparcial comienza la labor de restituir las fronteras, ríos y establecimientos humanos que les sirvieron de marco, capítulo difícil por lo escueto de las fuentes y por las contradicciones o errores que a veces van implícitos en ellas y que han dado lugar a un sin fin de distintas hipótesis en localización de topónimos que no es posible compaginar. Pacientemente, sin embargo, el escritor va aclarando puntos oscuros, desechando

viejos errores, dando luces nuevas sobre los textos hasta quedar dibujado con la mayor precisión posible el mapa geográfico de este pueblo, que Echegaray fija en lo que poco más o menos hoy es la provincia de Santander.

El estudio de la región nos conduce de la mano al del pueblo que la habitó: su estructura social, su régimen político y económico, su industria, religión, lengua, costumbres y carácter. Capítulo digno de mención aparte es el que se dedica a investigar la filiación étnica de los cántabros y en el que, tras sopesar las distintas hipótesis de otros eruditos, se muestra partidario de un origen celta en el que cuenta mucho el bagaje prehistórico de la región cantábrica.

Y este pueblo celta, de fuerte sustrato peninsular, enclavado en la provincia de Santander cumple su función histórica. Es ésta la parte más atrayente de la obra por lo que en sí tiene de apasionante este pueblo duro y guerrero y por la forma en que el autor enfoca y desarrolla el tema. La historia de un pueblo viene explicada muchas veces por su geografía. A los cántabros se les presentaban dos estímulos: el mar con sus enormes posibilidades o la montaña dura y áspera; en suma, el comercio o la guerra. El cántabro elige la segunda posibilidad y así se crea un pueblo extraordinariamente duro, sobrio, guerrero nato, hasta cierto punto feroz y cruel que para subsistir se lanza al saqueo sobre las fértiles tierras de la Meseta o se enrola como mercenario en ejércitos extraños para llenar su ansia de aventuras.

La historia cántabra durante toda la dominación romana es la historia de las luchas desesperadas de este pueblo por defender su independencia contra el pueblo invasor que quiere imponerles por la fuerza un régimen de vida y unas costumbres extrañas. La palabra cántabro llega a convertirse en una pesadilla y necesita la propia presencia de Augusto y diez años de duras guerras para lograrse una precaria paz. Y aún así, hasta que Agripa no tomó determinaciones radicales, reprimiendo a sangre y fuego los últimos brotes de rebelión, Roma no pudo considerarse tranquila.

Llegó al fin la paz y el ansia guerrera del pueblo se canaliza ahora al servicio de las águilas romanas y su bravura y disposición guerrera queda patente en el mismo hecho de que una maniobra militar es conocida en la antigüedad con el nombre de "cantabricus impetus".

La romanización llega lenta y prende en el ánimo de muchos cántabros, pero el pueblo en sí siempre se mostró refractaria a ella y ni aun el cristianismo pudo desarraigar los viejos cultos y el rudo ambiente de aquellas gentes.

Su orgulloso espíritu de independencia vuelve a aflorar con las invasiones germánicas protegidos por sus riscos y, ya en la época visigoda, lo que las legiones romanas no habían podido conseguir a la fuerza, va lográndolo el espíritu paciente de los monjes que evangelizan Cantabria. Y, finalmente, con el violento choque de la invasión musulmana asistimos al fin de este pueblo, absorbido por la mayoría que forman los inmigrantes de la Meseta que tras aquella arisca geografía forman el primer baluarte de defensa contra el invasor.

Esta es la historia que el Dr. González Echegaray nos presenta, enriquecida aún con más de un centenar de inscripciones que restan como testimonios vivos de lo que fue un pueblo y de sus avatares en el curso de la historia.

J. M. ROLDÁN

MANFRED FAUST: *Die antiken Einwohnernamen und Völkernamen auf -itani, -etani. Eine Untersuchung zur Frage des westmediterranen Substrats.* Göttingen 1965. 146 págs.

Dentro de la contribución a un mejor conocimiento del sustrato mediterráneo prerroma-

no, el estudio de Manfred Faust representa un nuevo e importante avance en las investigaciones sobre este tema.

El punto de partida para este trabajo, en el cual el autor se circunscribe a los nombres de habitantes y pueblos terminados en *-itani*, *-etani*, alrededor del Mediterráneo occidental, son los nombres hispanos con esta terminación, para lo cual ha hecho una exhaustiva recopilación de fuentes literarias, epigráficas y numismáticas, ordenadamente expuestas en apéndices al final de la obra. Explica este punto de vista porque, según él, en Hispania es donde se dan los documentos más antiguos, los ejemplos más numerosos y porque se saca una impresión más clara de la lengua vernácula, gracias a las numerosas inscripciones.

Faust cree que los nombres en *-itani* señalan a habitantes de ciudades, y los en *-etani* o *-etania*, en su mayoría, a pueblos, troncos y habitantes de sus respectivas comarcas. El único ejemplo nordafricano que se encuentra —Mauretania— parece formado por los romanos según muestras hispanas. Por ello considera interesante partir de fuentes españolas, de una parte porque algunos de estos territorios remontan en la Historia a época prerromana y además porque partiendo de estos nombres se pueden obtener explicaciones sobre el medio de formación *-etanus*.

Analiza Faust después étnicos que corresponden a topónimos en *-i*. Todos los que terminan en *-etum*, $-\eta\tau\alpha$, *-et*, están situados en el territorio de las terminaciones en *-etani*. Esto le hace pensar que de los topónimos se han derivado nombres de habitantes en *-an-*, que más tarde fueron usados como nombres de pueblos. Pero para Hispania este *-an-* es tan raramente palpable que es natural pensar en el sufijo latino *-anus*.

Un problema especial lo constituye el sufijo en *-ul* para designar pueblos y lugares. Para el autor, junto a esas formaciones en *-ul*, *-ula*, hay otra forma abreviada que sirve para distinguir los nombres base de aquellos de lugar que se han formado de ellos. No son latinos y, por su extensión, parecen ibéricos. Y fijándose en la concordancia: a nombres de lugar en *-uli*, formaciones de pueblos en *-ula*; a nombres de linaje en *-etes*, nombres de pueblos en *-et*, *-eta*, *-etum*, se saca la suposición de que ambos nombres de linaje en *-uli* y *-etes* pertenecen a la lengua vernácula.

La vista de conjunto se completa con el estudio de los nombres en *-es*, *-etes*, dedicándose un capítulo especial a las formas ibéricas en *-escen*. Acaba la primera parte con el estudio de la formación de nombres en *-etani* a partir de nombres de pueblos y lugar en *-et*. U. Schmoll, fijándose en que los nombres en *-etani* se forman de aquellos de linaje en *-etes*, quiere considerar las terminaciones hispanas en *-itani* como formación a partir de un indogermánico *-ites*. Faust rechaza aquí esta explicación porque, según él, en Hispania no hay documentación para nombres de habitantes o de linajes en *-ites*.

En el segundo gran apartado de la obra emprende Faust el estudio del nacimiento y expansión de las terminaciones en *-itani* por todo el ámbito del Mediterráneo occidental, puesto que de su estudio en Hispania es imposible sacar, por falta de datos una conclusión. Parte de Sicilia para estudiar el sistema de formación de sus étnicos que se explican de la siguiente manera: mientras que los étnicos empleados por los griegos de Sicilia en $-\iota\upsilon\omicron\iota$ eran familiares a los romanos y por eso pudieron mantenerse, para las terminaciones extrañas en $-\iota\tau\alpha$ e $-\iota\omicron\iota$ hubieron de ser necesarias nuevas formaciones. Para ello se podía usar la terminación latina *-anus* o *-ensis*. Así pues, los étnicos en $-\iota\upsilon\omicron\iota$ se transmitieron en *-ini*, los en $\iota\omicron\iota$ en *-enses* y los en $\iota\tau\alpha$ con el tercer sufijo posible *-ani*.

En Cerdeña hay étnicos casi sólo en *-enses* y *-etani*. Aquí en cambio no parece probable que vengan de un $\iota\tau\alpha$, sino que son formaciones romanas a partir de nombres de substrato ibérico.

En Nordáfrica hay nombres de habitantes de las tres clases: *-enses*, *-ini* y *-etani*. Los dos

primeros parece que se formaron bajo influencias itálicas y sicilianas el tercero, tras un largo estudio y después de sopesar posibilidades y analizar los ejemplos, lo deja Faust abierto a discusión.

Son, en último lugar, analizados los tipos étnicos de Hispania de época romana, con un detenimiento especial en las formas con terminaciones en *-enses* e *-itani*.

Y, en fin, la vista de conjunto se completa con el estudio de los nombres en *-itani*, *-etani* en territorio del mediterráneo oriental y al norte de los Alpes y Pirineos.

Del conjunto del estudio Faust saca la conclusión de que los antiguos nombres de habitantes y pueblos en *-itani*, *-etani* se han desarrollado, con ayuda de la lengua latina, de las distintas lenguas pertenecientes al ámbito mediterráneo y el primer sufijo de ambos es el único en la antigüedad con el que se puede apoyar la representación de un subtrato mediterráneo.

J. M. ROLDÁN

ROBERT ETIENNE: *La vie quotidienne a Pompéi*. Librairie Hachette, Paris 1966. 491 págs.

El 24 de agosto del año 79, la populosa Pompeya quedaba sepultada bajo una capa de cuatro metros de cenizas. La ciudad, que se había levantado con un desesperado afán de vivir de los movimientos sísmicos que la habían terriblemente castigado el 5 de febrero del 62, como en una advertencia, desaparecería para siempre. Y cayó, olvidada, en el silencio, si no es en la boca de los campesinos que, instintivamente, llamaban al montículo bajo el que estaba sepultada, la *Civita*. Pero el destino trágico de la ciudad no era el perderse en los tiempos: viajeros, hombres de ciencia y estudiosos iban a ir desentrañando poco a poco, con mejor o peor fortuna, los secretos que escondía aquel montículo de la *Civita*. Fiorelli, Ruggiero, de Petra, Pais, Sogliano, Spinazzola y el gran Amedeo Maiuri, en nuestro siglo forman la lista de unos esfuerzos por descorder el velo que oculta a la Pompeya cuyas últimas horas, Plinio el Joven narró con tanta viveza.

Robert Etienne, con una pluma fácil y amena y una abundantísima documentación epigráfica viene a resucitar, en esta serie de Hachette, la ciudad, metiéndonos en la vida cotidiana de sus moradores. Ninguno de los aspectos multicolores de esta villa provinciana queda en el olvido: el intrigante mundo de la política en la que todos participan con esa espontánea propaganda callejera de los grafitos; el ajetreo de los negocios de la ciudad agrícola e industrial, el cotidiano quehacer de los pompeyanos, jornaleros, pequeños artesanos, negociantes, propietarios agrícolas; la pasión desenfrenada en el circo de la que los pompeyanos habían dado buena muestra, ensangrentando su recinto el año 59... Todos desfilan, sorprendidos en su cotidiano marco alrededor de sus edificios públicos, de sus calles y de sus casas.

Etienne, en fin, con su trabajo ha hecho posible que el lector retroceda diecinueve siglos en el tiempo y se sumerja en la vida de Pompeya, callejeando entre sus habitantes y participando en su humor, en su laborar cotidiano y en sus esfuerzos inútiles por reconstruir una ciudad cuyo destino estaba ya marcado.

J. M. ROLDÁN